

# SOBRE LOS PINZONES Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(Homenaje al profesor Manzano)

José CERVERA PERY  
Director  
de la REVISTA DE HISTORIA NAVAL

El tema colombino sigue rabiosamente de actualidad, máxime cuando cada vez está más cercana la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América. Podría decirse que presenta una inmarchitable juventud, y difícilmente podrá encontrarse un historiador, un ensayista o un escritor que haya alcanzado algún renombre en el mundo de las letras que no se haya sentido obligado a escribir, ensayar o historiar sobre la gran empresa. De aquí que sobre el Descubrimiento y sus connotaciones contemos con toda clase de libros; profundos y superficiales, audaces e ingenuos, documentados o frívolos, risueños o dramáticos, humanos e insensibles. Todo un amplio muestrario, muy a tener en cuenta a la hora de las valoraciones y de las críticas.

El profesor Juan Manzano Manzano pertenece a esa primera línea de especialistas a los que muy bien pudiéramos adjetivar como *trascendentales*. Su larga vinculación a la temática colombina a través de títulos tan importantes como *La adquisición de las Indias por los Reyes Católicos y su incorporación a los Reinos Castellanos* (Madrid, 1951); *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida. 1485-1492* (Madrid, 1964); *Colón descubrió América del Sur en 1499* (Caracas, 1972), y *Colón y su secreto* (Madrid, 1976), bastarían para otorgarle la primacía y rango de los mejores, condición que se acrecienta con este nuevo título *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, que en tres volúmenes (el último de ellos documental) acaba de ser publicado por el Instituto de Cooperación Iberoamericana dentro de su programación del V Centenario, y que constituye, sin duda alguna, el más acabado estudio sobre la personalidad y proyección de estos íntimos colaboradores de Colón (Manzano no vacila en calificarlos como *codescubridores*) en la magna epopeya descubridora.

Con independencia de su seguimiento más pormenorizado del planteamiento y desarrollo de la obra, hay que afirmar, de entrada, que la exposición del profesor Manzano es ciertamente sugestiva y decisivamente documentada, asumida desde una posición plenamente ortodoxa, encarada con aguda precisión y gran competencia que revelan el cabal y profundo conocimiento que del tema tiene. Sólo quien ha llegado a tan alto grado de maestría puede proporcionarnos no sólo la información documentada y veraz de la que hace gala, sino, y sobre todo, la captación precisa de su gestación, haciendo de ella un análisis crítico de logrado encuadre.

Ante cualquier planteamiento previo de la serie de circunstancias que hicieron posible el hallazgo del Nuevo Mundo, empresa española, la aportación de la familia Pinzón debe y tiene que ser considerada como uno de los factores decisivos. Una larga y bien conocida tradición la ha considerado secularmente onubense. Al borde de *la orilla de las tres carabelas*, en feliz expresión de Manuel Machado. Y así habrá de seguir considerándose con arreglo al punto de partida del primer viaje y a las grandes figuras de los Pinzones —los *codescubridores*— que la hicieron posible, ya que ambos hermanos, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, fueron, antes que hombres de empresa, navegantes de gran práctica y, por tanto, emprendedores. Posiblemente habría recorrido los mares de Canarias, Cabo Verde y Guinea y visitado las Azores, porque el mayor y más significado de ellos, natural y residente de la villa de Palos, se había ejercitado desde muy joven en el tráfico marítimo, siendo conceptuado entre sus vecinos como buen capitán, experto piloto y *sabio en mucha manera*. Sus buenas disponibilidades económicas le permitían el armamento y adquisición de barcos, aunque —y el profesor Manzano lo dice con indudable autoridad— ninguna de las carabelas del Descubrimiento fueran de su propiedad. No sólo era un hombre buen conocedor del oficio marineró, sino que también se interesaba por los conocimientos científicos y geográficos de su época, y cuéntase que en ocasión de un viaje a Roma —patroneando un barco sardinero— un clérigo amigo suyo, empleado en la biblioteca del Papa, le regaló un mapa del tiempo de Inocencio VIII, en



Retrato de Martín Alonso Pinzón. Museo Naval de Madrid.

el que estaban diseñadas varias tierras en el océano a la banda del oeste, y que creyendo posible la navegación por esas partes para descubrir y ganar desconocidas tierras, estuvo meditando en forma por su cuenta y riesgo una expedición con tal propósito. Es importante consignar esto —a reservas de que sea cierto o no— pues en ese momento Martín Alonso no ha oído hablar de Colón y mucho menos lo conoce. Es posible, por tanto, que el que va a ser el más directo e importante colaborador de Colón en el Descubrimiento fuera, además, un hombre que quizá también llegó a soñar como el genovés en internarse por las misteriosas rutas que a través del *mar tenebroso* podrían conducir a las tierras de las especias.

El hecho —calificado por algunos historiadores como providen-

cial— es que los Pinzones —ya se hablará también de Vicente Yáñez— facilitaron todos los medios para que Colón alcanzase su propósito, en dineros, en barcos y, sobre todo, en entusiasmo, pues aparejadas que fueron las dos carabelas y la nao protagonistas de la más arriesgada singladura, el problema de alistar los hombres que en ellas habrían de embarcar no resultaba fácil, cosa que no puede extrañar, ya que un capitán extranjero, un destino ignorado y una mar rodeada de misterios, no son precisamente los estímulos más favorables para la recluta. Sólo la intervención de Martín Alonso y de su hermano Vicente Yáñez, ganados para la empresa —y el profesor Manzano lo detalla con gran riqueza de datos—, recorriendo las villas de Palos, Moguer y Huelva, resuelve el problema que la búsqueda de pilotos, maestros, marineros y resto de personal subalterno había planteado seriamente.

Si la actuación de Martín Alonso fue decisiva en la organización de la expedición, no lo fue menos en los momentos difíciles y críticos del viaje cuando el temor y la duda se apoderó de los tripulantes y del propio Colón, aunque dada la destacada personalidad del paleño no es tampoco extraño que surgieran pronto diferencias entre él y el Almirante, incidencias reflejadas ampliamente en los documentos que comprenden los llamados *Pleitos Colombinos* y que el profesor Manzano ha manejado con indiscutible pericia de navegante. Según los testigos que intervinieron en dichos pleitos, Martín Alonso no aceptó siempre la autoridad de Colón y se anticipó en su arribada a La Española, en cuya isla verificó rescates y procuró averiguar los secretos de la tierra para dar su información personal a los Reyes. En realidad —se ha escrito— resultaba difícil para un hombre de la categoría del paleño, cuya voz se escuchaba siempre en materia de navegación como la de un oráculo infalible, el sometimiento de un sumiso lugarteniente, máxime cuando había puesto y comprometido en la empresa vida, familia y hacienda, siendo evidente que esperaba de ella ganancias y fama. Algo que ya le había prometido Colón —y que destaca Manzano— reproduciendo la frase del Almirante: *Señor Martín Alonso Pinzón, vamos a este viaje que si salimos con él, y Dios nos cubre la tierra, yo os prometo por la Corona real de partir con vos como un hermano mío*. También el propio Martín Alonso no pone diques a su optimismo cuando en la recluta de sus gentes se expresa de este



Retrato de Vicente Yáñez Pinzón. Museo Naval de Madrid.

modo: *Amigos, andad acá, ydos con nosotros esta jornada que andays aquí misereando: ydos esta jornada que avemos de descubrir tierra con la ayuda de Dios, que segun fama avemos de fallar las casas con tejas de oro e todos verneys ricos e de buena ventura.*

En los famosos *Pleitos Colombinos*, la familia Pinzón defendió por todos los medios que a Martín Alonso correspondía la prioridad en el descubrimiento, procurando hacer valer con este fin los siguientes argumentos: Que tenía la idea de descubrir en el Atlántico, usando para ello las noticias que adquirió en la Biblioteca Vaticana; la decisiva ayuda que prestó a Colón y el pacto verbal entre ambos en el que el genovés prometió compartir las ganancias; el valor trascendental de la decisión de Martín Alonso de continuar el viaje cuando ya todos dudaban, y finalmente el haber sido el primero en llegar a La Española. Aspectos todos ellos que sobresalen en el tratamiento de la obra del profesor Manzano.

La enemistad entre Martín Alonso y el Almirante era ya notoria cuando se inició el regreso de las naves a España, y es difícil precisar qué giro hubiera tomado la disputa de no haber ocurrido tan pronto el fallecimiento del primero. De todas formas hay un hecho evidente, Martín Alonso no se rebeló abiertamente contra su jefe en armas, ni ofreció resistencia pasiva, ni abandonó las islas cuyas aguas recorría el Almirante en sus exploraciones, ni aconsejó a los indios que tuvieron ocasión de tratarlo, que hostilizasen por sí a los que tenía aquél a sus órdenes. Algunos investigadores han cargado las tintas en el ensañamiento sobre la conducta de este Pinzón. En el libro de Manzano, con gran rigor y probatura histórica, se clarifica esta actitud.

El segundo de los Pinzones—Vicente Yáñez—juega un decisivo papel en la gran empresa del Descubrimiento y es objeto también de la atención primordial de Juan Manzano. Tomó parte también como piloto de la *Niña*—la más pequeña de las naves— en el viaje descubridor, y aunque no poseía la acusada personalidad de su hermano Martín Alonso, ni era tenido en tan alto concepto, compartía su prestigio como piloto y navegante destacado tanto en los viajes mercantiles como en las operaciones de corso. Su actuación en el primer viaje a las Indias es matizada por el profesor Manzano con acertada concreción, y en él demostró su pericia marinera sobradamente. Se mantuvo siempre adicto a Colón y cuando naufragó la *Santa María* en las costas de La Española, Vicente Yáñez recogió al Almirante y sus hombres en su pequeña carabela, en la que efectuaron el viaje de regreso a España. A pesar de tan demostrada lealtad, se separó de Colón a su llegada a Palos, donde al poco tiempo iba a morir su hermano Martín Alonso, no considerando justo dado los servicios prestados por él y los suyos—verdaderos *codescubridores*— que todas las honras y privilegios recayesen sobre Colón, quien, además, pretendía la exclusiva y provecho de los posteriores viajes a las Indias, exorbitante privilegio que pronto fue derogado.

Si meritoria resultó la actuación de Vicente Yáñez—y Manzano lo destaca— en su primera navegación americana, no menos importantes fueron los viajes que siguieron. En primer lugar, el que realizó en 1499, en el que cru-

zando por primera vez la línea ecuatorial arribó a las costas brasileñas y descubrió el río Amazonas. Este viaje comportó un gran interés científico, pero resultó catastrófico en el aspecto económico para su realizador, que lo dejó lleno de deudas.

Parece ser que en los primeros años del nuevo siglo —el XVI— se hallaba en La Española tomando parte en las operaciones de su conquista y se supone que por esas fechas realizó también exploraciones a Puerto Rico, de cuya isla fue nombrado capitán y corregidor en 1505. Su última expedición conocida la realizó acompañando a Solís en 1508, reconociendo la costa atlántica de América del Sur en demanda de un paso o comunicación con el país de las especias, regresando a Sevilla en 1509. A partir de esas fechas las noticias sobre Vicente Yáñez Pinzón son inciertas y escasas, aunque Manzano lo sitúa de piloto real en la Casa de Contratación de Sevilla, y está avecindado en Triana, y un memorial de 1516, firmado por Martín García Salazar, se refiere al traspaso que a éste hizo Vicente Yáñez de las mercedes que tenía en Puerto Rico. El óbito del gran marino es el cierre del segundo volumen de la obra de Manzano, de cuya fecha concreta poco se sabe.

Sentadas estas premisas, necesario será esbozar siquiera a *grosso modo* el aporte esquemático de la obra. A través de los tres largos capítulos con que cuenta el volumen o tomo I, el profesor Manzano va exponiendo sus apreciaciones críticas y narrativas, enriquecidas siempre con gran bagaje documental y en las que con gran conocimiento y dominio subraya la interrelación de los Pinzones en el primer viaje colombino (capítulo I), con una amplia visión del hecho descubridor a través de un relato en el que se mantiene bien trazado el hilo conductor, no por conocido menos valorado. El capítulo 2, *El primer viaje de Vicente Yáñez Pinzón a Brasil (1499-1500)*, entiende de los descubrimientos de Pinzón, Lepe y Vélez de Mendoza al norte y sur del cabo de San Agustín, según el fiscal de los pleitos colombinos, y las expediciones de Hojeda en un sector de 200 leguas en la misma costa de Paria *dónde está la mar de agua dulce*, sector que habrán de recorrer pocos meses más tarde, Diego de Lepe, primero, y Vicente Yáñez, después, y por último el capítulo 3 se enfrenta con el ignorado *tercer viaje* de Vicente Yáñez Pinzón, segundo periplo suyo al Brasil. El tomo II también está dividido en otros tres capítulos con unidad numérica correlativa, y en el cuarto se exponen todas las actividades conocidas desarrolladas por Vicente Yáñez en el trienio correspondiente a 1505-1508, época que se abre con la famosa Junta de Navegantes de Toro en la que participó el marino, y se cierra con la decisión del Rey Católico de que se realice el viaje a la Especiería de Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. En el capítulo 5 se contempla el último viaje pinzoniano al Yucatán, realizado entre finales de julio de 1508 y agosto-octubre del siguiente año; y por último, el capítulo 6, que pone fin a la obra, encara los últimos años de la vida de Vicente Yáñez, su matrimonio en segundas nupcias, su nombramiento de piloto real de la Casa de Contratación (ya consignado), y como éste estuvo a punto de embarcar todavía en la expedición de Pedrarias Dávila a Castilla de Oro, impidiéndolo su enfermedad y posterior fallecimiento.

Mención aparte merece el contenido del tercer tomo de la obra de Manzano en el que se recoge un importantísimo bagaje documental. Los primeros 195 documentos abarcan seis décadas completas (1477-1537), mientras que los 190 textos restantes que completan la colección son todos de fechas posteriores al Descubrimiento, referidos a múltiples asuntos, hechos o acontecimientos desarrollados entre 1493 (a partir del regreso del primer viaje colombino y del inmediato fallecimiento de Martín Alonso) y 1515, año en que muere en Sevilla Vicente Yáñez Pinzón. Los documentos posteriores a la muerte del ex capitán de la *Niña*, forman un cuerpo con multiplicidad de datos históricos de primera mano y que aclaran no pocos puntos oscuros de las vidas de los principales personajes.

Por la procedencia tan heterogénea de los documentos incorporados en el Apéndice, el autor no sigue un rígido sistema de transcripción, por lo que en todo lo referente a la puntuación de los textos se observa cierto anárquico desorden. El propio autor lo hace constar así, aunque reafirma la preocupación mantenida del cuidado y mantenimiento de la fidelidad y pureza de los textos incluidos en la colección.

El confusionismo a que ha llegado en estos últimos tiempos la abundante historiografía, a veces precipitada sobre el Descubrimiento, tan contradictoria en planteamientos y obtención de deducciones, se aclara cierta y nítidamente en una amplísima parcela, a través de la obra del profesor Manzano, cuyo libro es un modelo de objetividad, prudencia, ecuanimidad y, sobre todo, de aguda erudición.

En sus páginas hay algo más que un diagnóstico responsable y deja en su lugar la memoria de los Pinzones que tan heroica parte tomaron en el descubrimiento del Nuevo Mundo, siendo modelos de pericia náutica, de patriotismo y de ánimo alentado y generoso. Defender la memoria de tan ilustres navegantes con veracidad y justicia entraña también mucha sensibilidad y amplia generosidad de corazón.